





EL  
DIARIO DEL  
INQUISIDOR



Jeffrey Lewis

---

EL DIARIO DEL  
INQUISIDOR

Lewis, Jeffrey

El diario del inquisidor. - 1ª ed. - Buenos Aires : El Ateneo, 2013.  
208 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Marcos Mayer  
ISBN 978-950-02-0716-4

1. Narrativa Norteamericana. 2. Novela Histórica. I. Marcos Mayer, trad. II. Título  
CDD 823

El diario del inquisidor  
Jeffrey Lewis

Traductor: Marcos Mayer  
Título original: *The Inquisitor's Diary*  
© Jeffrey Lewis, 2013  
First publishing as *The Inquisitor's Diary*, Haus Publishing, London.

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz  
Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina  
© 2013, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo  
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina  
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199  
E-mail: editorial@elateneco.com

1ª edición: agosto de 2013

ISBN 978-950-02-0716-4

Impreso en Printing Books,  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en agosto de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por la leyes 11.723 y 25.446.

*Si elegimos amar a alguien que nos proteja el alma  
de las heridas, hay que amar a alguien que no sea Dios.*

SIMONE WEIL



## *El viaje*



*Desde el 11 de abril  
hasta el 26 de noviembre de 1649*

### **CIUDAD DE MÉXICO**

*11 de abril de 1649*

¡Cuánto despliegue! ¡Qué magnífica demostración de nuestra Sagrada Fe, que en apenas cien años ha transformado una tierra hasta entonces hundida en el pecado de los sacrificios humanos y las orgías paganas en un lugar destinado a expresar las mejores voluntades de Dios! Dios mío, perdona mi orgullo por este logro. No pretendo así disculpar mi jactancia, pero podría ser un mal mayor que este suceso histórico quedara sin ser celebrado. ¡Que la paz y la bienaventuranza se posen sobre México! ¡Que la paz y la bienaventuranza se extiendan hasta los más lejanos rincones de los dominios de nuestro Rey de España!

En honor a este día, no solo doy vuelta la página, comienzo un diario completamente nuevo. Este adorable ejemplar de piel de cabra marroquí que fray Sebastián fue tan gentil de traerme de su reciente viaje a Sevilla ha encontrado una inesperada y urgente ocasión para su bautismo. Te agradezco, fray Sebastián, de corazón, y espero que esta nueva tarea de registrar los humildes esfuerzos de la vida e investigación de un pecador justifique tu generosidad. Y, debo agregar, tu buen gusto. Ninguna piel es más adecuada que la de la cabra marroquí. Nuestro Señor se expresa de manera misteriosa, otorgando habilidades incluso a los más humildes integrantes de su rebaño. El moro, tan ignorante en asuntos del espíritu, sabe sin embargo cómo arreglárselas con un trozo de cuero.

Hoy hemos asistido en la Ciudad de México a un Auto de Fe público difícilmente superable en Toledo o en Córdoba. Hablaré de datos certeros y espero que así mi corazón quede libre de toda crueldad. Ciento nueve convictos, catorce penitentes, diecisiete redimidos, sesenta y cinco quemados en efigie, trece quemados en persona. He escuchado que tanto españoles como nativos dejaron sus casas, algunas hasta a cincuenta leguas a la redonda, para acercarse a la ciudad. Desde el Palacio de nuestro Santo Oficio hasta la Plazuela del Volador, se podía caminar por sobre los hombros de los creyentes sin siquiera tocar los adoquines. Carruajes de arneses lujosos se amontonaban en las calles aledañas, inútiles para moverse entre la interminable multitud. No había visto hasta entonces semejante despliegue de las capas más ostentosas de la

ciudad. Dios mío, aunque el mal reine en este mundo banal, ruego humildemente que perdone al vulgo por los excesos de ese día. Entre todos los estratos sociales reinaba un ánimo expectante y celebratorio.

Luego llegó la procesión de los convictos, con sus atavíos de llamas y lágrimas. Fue justo ese momento en todo el procedimiento el que afectó más profundamente mi alma. Las multitudes se burlaban y abucheaban con fuerza ante el espectáculo de muerte que confirmaría su propia salvación, aunque no estoy tan seguro de que ese fuera el motivo de su mofa. Mis plegarias se redoblaron para que hubiera conversiones de último momento. Aquí, finalmente, en un escenario similar al de la última jornada de Tu Hijo, ¿no podrían una o dos almas hallar la bendita luz de la verdad?

A mis plegarias, o, debiera decir, a las nuestras, porque no pretendo ser el único que rezara entre la concurrencia, Tú respondiste más allá de toda esperanza y expectativa. De los trece relajados, condenados a muerte, doce se arrepintieron camino de la hoguera. ¿Qué alma pecaminosa hubiera podido imaginarlo? Doce de los trece se arrodillaron y besaron la cruz. ¡Que sus almas encuentren misericordia en el Cielo!

En consideración a la humildad y a la sabiduría de sus acciones, aun reconociendo que fuera demasiado tarde y la posibilidad de fraudes que permitía la situación, nuestro Santo Oficio –luchando por recordar siempre Tu piedad– recomendó a la autoridad secular que en cada uno de esos casos el garrote precediera a la hoguera.

Solo un nombre fue quemado vivo hoy. Tan disipada y perversa era esta alma contumaz, tan atrapada estaba en los brazos de Satán, que no dignificaré su maldito nombre escribiéndolo. Fray Miguel de Castro, un franciscano muy próximo a mí, un hombre excelente y justo, recorrió en mula todo el camino hacia el Volador, con la esperanza de escuchar alguna palabra de contrición. En cambio, lo que oyó fue una especie de galimatías que le pareció hebreo. No puedo confirmarlo ni desmentirlo. Todo lo que alcancé a oír fue el español perfectamente pronunciado de un condenado entre las llamas de la hoguera. Estaba amordazado para evitar sus blasfemias, pero pudo romper la tela y gritó: “¡Lancen más leña a la hoguera, desgraciados, que he pagado por ella!”. Es verdad lo que dicen de los judíos: hasta el final de sus días piensan en el dinero. Por supuesto, a la multitud le encantó.

*18 de abril*

Todo empeoró. Estoy disgustado conmigo mismo, primero por haberme encaminado hacia una trampa que podía haber intuido, y segundo por preocuparme demasiado por haberlo hecho. Jesús, mi señor, perdóname por mi ira, mi desilusión, mi autocompasión. Me esforzaré, con la ayuda de Tu gracia, por ser mejor de lo que soy. Pero hoy veo con demasiada claridad que estoy en una situación desgraciada.

Esta tarde tuve una cita con el Inquisidor General. Al comienzo parecía discurrir con normalidad. Me ofreció jerez y conversamos amablemente sobre su nueva cocinera, una nativa que había llegado de las montañas del sur con una extraordinaria receta para preparar el cacao que el Inquisidor General prometió invitarme a degustar. Me felicitó por la justeza de mis argumentos en el caso Flores. Supongo que entonces debería haberme puesto en guardia, pues Tú, que estás más cerca de mí que mi propia mano, sabes que un hombre nunca queda tan expuesto como después de haber sido elogiado. Vi una oportunidad para apurar mi pedido de un regreso a España. Presenté mis razones, que había ido acumulando y perfeccionando con tanta energía por los últimos meses: falta de anteriores traslados, los beneficios que obtuvo el tribunal local en los últimos años gracias a mi proceder ante la Suprema Inquisición, y así en más. Le recordé la próxima visita del Santo Emisario de la Suprema y le rogué que apresurara mi caso ante su Eminencia. Pero caí en una trampa.

El Inquisidor General se valió de mi deseo de partir para usarlo en mi contra:

—¡Entonces —dijo— estás aburrido! Pides una aventura. Bueno, tengo el destino perfecto para ti.

—¿De qué se trata, señor?

—Me enteré hace poco de que tenemos un creciente problema en la frontera norte. No se trata de los nativos, Dios los bendiga. Por supuesto recaen en la superstición y la brujería como si ese fuera su derecho de nacimiento, y en cierto sentido debemos admitir que lo es. Podemos

lidiar con paganos. Son almas de buen corazón y regresan a nosotros tan pronto se convencen de sus equivocaciones y del poder del amor y el perdón de nuestro Salvador. No, de los que oigo hablar son europeos. ¿Tengo que explicarlo? Los nativos escucharán a los europeos que les llenen los oídos con herejías con tanta disposición como con la que nos escuchan a nosotros. Por supuesto eso ocurre —se acercó en tono de confianza— porque confían en lo que el hombre blanco les dice. No debemos permitir que la buena voluntad que nos hemos ganado luego de un siglo de esfuerzos nos sea robado por falsificadores, portugueses y hasta protestantes.

El Inquisidor General bebió su jerez, con sus estrechos ojos escudriñándome por sobre el cristal distorsionado de sus lentes, como si intentara enderezar la dirección de su pensamiento.

—¿Hay informes de protestantes que estén haciendo proselitismo en nuestra frontera norte? —pregunté.

—No son protestantes. No lo sabemos todavía.

—Portugueses, entonces.

—Sí, portugueses.

—¿Haciendo proselitismo?

El Inquisidor General se impacientó. Depositó la copa de jerez.

—No estoy en el puerto como para saberlo, ¿no es así, consejero?

—No, señor. Solo pregunté porque los portugueses, como dijo usted, no son conocidos por su fanatismo, y además hemos hecho previos relevos de las fronteras con

resultados muy escasos. ¿Puedo preguntar, señor, quién le transmitió estas sospechas?

—¿Importa eso, fray Alonso?

—Sí, por supuesto; si se trata de fray Luis, tengo el derecho de saberlo.

—Fray Luis no es nada fantasioso.

—¿Pero me propuso para esta misión?

—Sabe usted que no le tiene animosidad alguna.

—¿Animosidad? Señor... —luché contra el impulso de mis sentimientos más profundos. Me contuve de llamar al tesorero de nuestro Tribunal con los nombres de animales que más se le adecuaban—, tal vez no tenga malos sentimientos hacía mí...

—Muy por el contrario. Lo respeta como un emblema de tradición, de fervor religioso y de disciplina...

—En otras palabras, un mojigato. Seguramente no se le ha escapado que fray Luis tiene determinadas ambiciones que lo llevan, a veces, ¿cómo decirlo adecuadamente?, a dificultar —más que facilitar— que se vean las virtudes de sus colegas.

—¿Acaso acusa usted a fray Luis de enviarlo a una cacería sin sentido? —el Inquisidor General ya tenía suficiente de mi impertinencia—. ¡Si alguien lo envía a una cacería sin sentido, ese soy yo y no fray Luis! ¿Cree usted que soy tan fácil de manipular? ¿Piensa que fray Luis ejerce semejantes influencias?

Pero yo estaba seguro. ¿Quién otro podría haber inculcado esas ideas en la mente del Inquisidor General? O tal vez no era una cacería inútil lo que había imaginado.

O quizás él le había sugerido al Inquisidor General la posibilidad de llevar a cabo cuantiosas confiscaciones en el norte. Una corrupción que no podía tolerar, una pregunta que no podía evitar, dado el rol de fray Luis como fiscal y el respeto que le tenía el Inquisidor General en cuestiones presupuestarias. Y ahora no iría a España, algo que había encendido mi mente tantos años. Ni tendría siquiera la posibilidad de plantear mi caso ante el emisorio de la Suprema, pues me hallaría a miles de leguas cuando llegara.

¡Cuántas veces había soñado con Sevilla! ¡Con las luces vespertinas contra las paredes de Ávila! ¿Acaso es un pecado buscar esos lugares que nuestra Sagrada Fe había santificado? Mi Señor, que mi destino sea el de los peregrinos, que la sensualidad no juegue papel alguno en mi deseo.

Me pregunto si volveré a ver España en lo que me resta de vida. Soy como un hombre nacido en el exilio. El exilio es su estado natural. Y ahora me exiliaré aún más lejos, en el despiadado norte, desprovisto hasta de las modestas maravillas y del alimento espiritual de nuestra capital.

Grandes intenciones, fray Luis. Un trabajo bien hecho. ¡El reformador! ¡El hombre del futuro! Bah. Perdóname, te lo ruego, pero volveré a escribirlo. Bah. Me desprecia sobre todo porque puedo ver claramente dentro de él.

Una nota conmovedora acerca de nuestro Inquisidor General: cuán delicado resulta, qué anticuado cuando se refiere a “portugueses”. ¿Por qué, mi Dios, no se limita a decir simplemente judíos?

*19 de abril*

Bendito Salvador, que eres la luz de mis días y mis noches, te agradezco por permitirme comprender, reflexionar sobre los temores del Inquisidor General. No se trata de confiscaciones. Por supuesto que no, aun cuando fray Luis le haya sugerido que podrían resultar cuantiosas. No, lo que no quería el Inquisidor era que la población terminara contaminada, aunque esta no lo advirtiera. Y a veces alcanza con un simple fósforo para desatar un incendio. Hemos logrado un enorme triunfo aquí en Nueva España, y no debemos dilapidarlo. Debo recordar que este es el gran objetivo que Tú me has trazado. Es nuestra tarea de vida, la de todos nosotros. Y si alguien duda es porque Satán ha plantado esa inquietud en su espíritu.

De todos modos, temo que mi próximo año se desperdicie entre paisajes áridos y serpientes. Y me siento desilusionado.

*24 de abril*

El clavo final en el ataúd de mis esperanzas. ¡El presupuesto estimado de nuestro tesorero!: La suma de tres mil pesos, suficiente para un viaje de “unas mil leguas o unos mil días”, como dijeron. Quisiera asegurarles a mis queridos colegas, incluso a nuestro más apreciado fray Luis, que mi viaje no durará mil días. ¡No se librarán de mí por tanto tiempo! A lo sumo, cien días. Con la ayuda

de Dios estaré de regreso con el equipaje repleto de herejes en un centenar de días.

Mientras tanto, ¿qué otra opción me queda sino iniciar los preparativos? Contrataciones del día: dos muleros. Mañana entrevistaré porteadores. Me haré un favor si admito de una vez por todas que sé muy poco de este tipo de viajes. Debo ponerme en manos de un experto. El Tribunal quiere que parta; por lo tanto, será el Tribunal el que me indique la manera de hacerlo. Pero que haya huevos. ¿Es un pecado pretender comer huevos frescos?

Consejos de lo más contradictorios sobre el clima. “Parte antes del 1° de mayo”. Imposible, por supuesto. “Parte después del 15 de mayo”. Casi igual de imposible. “Pero no importa lo que hagas, no podrás evitar que los días más calurosos transcurran en el desierto”. “Pero si esperas por el invierno, será peor”.

*27 de abril*

Me apresuré a acercarme a fray Luis esta mañana, en el refectorio de los dominicos. Derrochó solicitud, por supuesto, me deseaba una feliz cacería mientras, al mismo tiempo, se extendía sobre la vital importancia de mi misión. ¿De dónde surgen semejantes hipócritas? De un modo ya más ofensivo, se encargó de recordarme –por si no estaba al tanto– la política oficial contraria a acosar a la población nativa. Pues bien, supuse que al menos me

toma por un tonto ignorante. Ya pagará por esas subestimaciones, Dios es justo.

Estoy siendo poco caritativo, por supuesto. Debo ser más caritativo. No debo permitir que me afecten la envidia, la ira, ni tampoco la injusticia que percibo.

Debo actuar exactamente como se me ha encargado, como me lo exige el Inquisidor General. En cuanto a fray Luis, no está en mí quejarme un ápice de él. Todos cargamos nuestra cruz. Dios bendito, cuyo aliento todos respiramos, cuyo alimento comemos, confío y rezo que juzgarás los asuntos de fray Luis, de acuerdo con como te lo indique Tu infinita bondad y Tu infinita sabiduría.

Hoy contratamos a un guía nativo. A pesar de que digan que el camino hasta Nuevo León sea tan sencillo como leer la palma de la mano.

*3 de mayo*

Mañana partiremos. Seis muleros, cuatro porteadores, un guía, un cocinero y yo. Me he ocupado de que cada porteador y dos de los muleros tengan experiencia con armas.

Un día pleno de plegarias y bendiciones dedicadas a todos nosotros. Incluso las mulas fueron bendecidas. Espero que así sea. Nada más crucial que la bendición para las mulas.

*EN ROUTE\**

*6 de mayo*

No podría imaginarse un viaje más tedioso para enseñarles a los hombres la desconfianza ante las seducciones terrenas. Hemos entrado al interminable altiplano. Sus exégetas –entre ellos, nuestro guía– dijeron que estábamos en épocas de sequía. Todo lo que puedo ver es una desertificación sin relieves, cada matorral moría de inanición, falto de todo salvo del golpe incansable del sol. Llegamos incluso a desear que se aparecieran algunos indios hostiles, como para salvarnos de semejante aburrimiento.

*14 de junio*

Según mis estimaciones más exactas, el emisario de la Suprema debe de haber arribado ya a la capital, habrá inspeccionado nuestras operaciones, cenado con el Inquisidor General y reunídose con todos los demás. Cuando me acuerdo, me causa una profunda pena y una considerable amargura, contra la que lucho sin éxito. Estoy aquí y quiero estar allá, y eso no tiene arreglo.

\* En francés en el original. (N. del T.).

Hoy se me informó que hemos dejado atrás Nueva España y que hemos entrado a la provincia de Nuevo León. Me resulta un tanto misterioso el modo en que nuestro apreciado guía logró establecer la diferencia. ¿Cambian de color las lagartijas en la frontera? Además me adelantó que estamos a unos cinco días de Monterrey.

## **MONTERREY**

*27 de junio*

Advertí que en mi anotación anterior preveía un viaje de cinco días hasta Monterrey. La Sierra Madre se hizo esperar. Pero apareció, mucho más tarde de lo calculado, y hoy hemos llegado. Debo señalar que nuestro viaje ha resultado hasta ahora bastante más agotador para nuestro físico y de un modo distinto del que suponía cuando estábamos en camino. Ahora que hemos llegado a un “puerto seguro”, por así decirlo, puedo aceptar que el calor, las largas marchas, el escaso sueño por las noches por temor a las serpientes y los insectos venenosos sobrenaturales, las subidas y pendientes, la creciente escasez de nuestras provisiones de carne y nuestra incapacidad para manejar nuestras propias armas, todo sumó para conformar una dura prueba. Por supuesto, los nativos soportaban las inclemencias mucho mejor que mis colegas españoles y que yo mismo. Tomaban la escasez como algo normal.

No puedo sino admirarlos por ello. Qué delicado que soy, cuán delicados somos los europeos.

Amado Jesús, debo decir que mi espíritu también pasó por semejantes sufrimientos. Lleno de resentimiento, ira, necesidad de revancha por haber sido arrojado a esta situación por razones de corrupción o bien de estupidez insensible. Hubo días en que cada paso sobre el piso polvoriento iba acompañado por una malévola imagen de violencia o de crueldad. Ruego poder reencontrarme con mi parte más amable en este oasis, si es que lo es.

Parece que aquí en Monterrey el *custos*,\* fray Donaldo, nos había conseguido hospedaje en una fresca posada con vista a un abrevadero de vacas. Ah, por fin un techo sobre nuestras cabezas.

28 de junio

Mi alma no termina de creer que haya otro hombre de la Iglesia así de desagradable. Sin duda, se trata de un reflejo de ese apego a lo antiguo de que se me acusa, que en mi opinión no es más que una adhesión a las normas tradicionales de buen trato entre colegas, sinceridad y educación que los demás parecen haber olvidado. Sin

\* En latín en el original. Se refiere a los sacerdotes cuya función es proveer lo necesario a quienes lleguen a sus sedes. Su número varía de acuerdo con la importancia de cada sede. (N. del T.).

embargo, no me gusta este fray Donaldo. Ni un poco. Es verdad que nos ha alojado y más que adecuadamente. Por ello, por supuesto, le estoy agradecido.

Pero parece molestarle mi llegada. ¿Por qué –me preguntó–, si *él* es *custos* para Nuevo León, el Santo Oficio me envió *a mí*? ¿Significa mi misión que la Ciudad de México está insatisfecha con su trabajo? Traté de mostrarle todo lo contrario, que mi rol no supone más que controlar si dispone él de toda la asistencia necesaria para cumplir con su misión. Traté de sugerir de manera delicada, en términos que no pueda usar luego en mi contra, que mi misión no obedecía a mi voluntad y que hubiera pasado una semana en un corral con un toro hambriento antes de embarcarme en este viaje.

Pero nada de eso le importaba. Trataba de asegurarme de que hace cincuenta años, desde el tiempo de los Caravajal, se había terminado con los nuevos cristianos, los judaizantes y los conversos en Nuevo León. “La familia del gobernador fue quemada por judaizante, por herejía, por la ventura de Dios”, me dijo. Por supuesto no necesitaba semejante lección de historia, dado que en los cuarteles se me conocía burlonamente como el “historiador del oficio” por mi gran memoria de los casos antiguos. En lo que respecta a los Caravajal, puedo recitar con el mínimo detalle la herejía cometida por cada uno de los miembros de la familia. Lo mismo con los Matto, los Vicente, los Cordero, los Trinoco, los Sevilla, los Sobremonte. Pero ¿de qué hubiera servido? El orgullo es mi demonio y no debo dejar que un descuido me haga alimentarlo.

En lugar de esto, le sugerí a fray Donaldo que me gustaría revisar sus informes y tal vez copiar algunos fragmentos, de modo que a mi regreso pudiera asegurarle al Santo Oficio que los asuntos estaban en muy buenas manos.

—Mis informes no se hallan todos en un mismo lugar. Me ha sorprendido usted con su visita. Deberá esperarme unos días, me temo.

—Entonces esperaré —le dije.

Tal vez no se imagine cuánto he de apreciar semejante descanso.

La catedral es bastante imponente, tanto por su altura como por la armonía de su construcción. Por lo que sabemos, toda la provincia ha sido construida básicamente por conversos a los que no se les permitió entrar a Nueva España. Debe de haber habido hombres de una fuerte fe entre ellos; de lo contrario, no se entiende que hayan podido construir una estructura tan exquisita.

Esto se vincula, mi Señor, con la más importante de las preocupaciones que me producen algunos de mis hermanos: no le otorgan el beneficio de la duda a ninguno de los nuevos cristianos. Sospechan que todos han de recaer, que son judaizantes, herejes en espera de una oportunidad. Permitir que esas sospechas dominen nuestro pensamiento es un insulto al poder de nuestra fe. Por cierto, muchos judíos se acercaron a la Iglesia y no solo por miedo, sino porque se sentían dentro del infinito alcance de nuestro amor. Quienes formamos parte del Santo Oficio no lo debemos olvidar nunca. Nuestros poderes significan grandes

responsabilidades. No los debemos ejercer con cinismo. Debemos ser jueces honestos.

*2 de julio*

No hay herejes en Nuevo León. El *custos* se ha presentado ahora ante mí con informes ante los cuales no me corresponde dudar. A veces puede resultar malhumorado o impertinente, pero esa clase de hombres tiende a dar buenos informes. Debemos dejar Monterrey, lamento tener que decirlo, mañana por la tarde o a más tardar al día siguiente por la mañana. La ruta comercial va en dirección nor-nordeste, siguiendo –según se me describe– magníficos lechos y abismos de tres ríos, el Río Grande, el Río Bravo y el Río del Norte, hasta llegar a nuestro destino, la posta provincial conocida como La Villa Real de la Santa Fe de San Francisco de Asís. Un trabalenguas, sin dudas. Creo que este tramo de nuestro viaje puede resultar, si no menos duro, probablemente más grato de contemplar.

***EN ROUTE***

*11 de julio*

Muy poca agua en este río barroso como para bañarse en él, y si alguien lo hace, le aseguro que saldrá más sucio que antes de entrar. Debo señalar que nadie se ha

sumergido hasta ahora. Incluso las mulas parecen reticentes a beber en las fuentes, que son como sopas de arcilla rojiza. Y el calor es devastador. He ordenado que nuestras marchas se acorten. Arrancamos al alba por tres horas, luego otras tres horas hasta el anochecer. Nos obsesiona buscar refugio en la mínima sombra.

Empiezo a calcular que no llegaremos a nuestro destino antes de octubre.

*3 de agosto*

Hemos alcanzado el recodo del Río Bravo. Lamento registrar que uno de nuestros porteadores, un indio cuyo nombre cristiano era Marcos, murió anoche de fiebre. Se acondicionó una de las mulas para cargarlo durante estos días, algo difícilmente bueno para la mula, pero mi regla es que ningún hombre debe ser abandonado, salvo que las circunstancias lo obliguen. Elevamos plegarias, hice un servicio, lo enterramos junto al río bajo una rústica cruz de madera.

*10 de agosto*

Registro el día cien desde nuestra partida. Y pensar que alguna vez garabateé en estas páginas que estaríamos de regreso en casa luego de un centenar de días. Las estupideces que soy capaz de inventar para engañarme. Dios

mío, castígame por mi arrogancia, mi tontería, mi orgullo tan desmesurado que parece un monstruo de mil cabezas.

*3 de septiembre*

Hoy nos hemos topado con el primero de los pueblos. La calidad de estas construcciones me obligó a reformular mi opinión sobre las capacidades de los nativos. Cuanto más contemplo esas magníficas habitaciones de techos altos, tan increíblemente adecuadas a la aridez de esta zona, más me convengo de que estos nativos poseen todas las aptitudes e inteligencia necesarias para una plena comprensión de nuestra Sagrada Fe.

Pero al mismo tiempo recuerdo continuamente la validez supuesta de mi propia misión personal. ¿Herejes en nuestra frontera norte? Por lejos que vea, no hay ni siquiera cristianos en nuestra frontera norte. Ni tampoco ningún europeo cristiano. El mercader ocasional con los paquetes que lleva en su mula. El misionero con su séquito de indios, como aquí en este pueblo. Por supuesto, me obligo a recordar, todo será diferente cuando lleguemos a la capital de la provincia.

*3 de octubre*

Seguimos un estrecho sendero junto al río por varias horas hasta que, a media tarde, Ricardo Arroyo detuvo

nuestro avance y habló conmigo, detrás de un montículo rocoso.

—¡Allí! —apuntó en dirección este. Santa Fe. Esta era la habitual abreviatura con la que se conocía localmente a La Villa Real de la Santa Fe de San Francisco de Asís.

Yo estaba demasiado agotado como para poder divisar, más en un país tan rocoso, un amontonamiento inexpresivo y confuso de estructuras de adobe que apenas se recortaban contra el horizonte. Si, en lugar de eso, me hubiera dicho: “Mire, fray Alonso, esa ridícula y pequeñísima pila de rocas”, no me habría sorprendido.

Dado lo avanzado de la hora, hemos acampado a cierta distancia del lugar. Pero estoy apesadumbrado. Es exactamente como me lo había imaginado. Cien años atrás, en efecto, tenía algún sentido que el estimable Coronado hiciera su heroica travesía por este camino en busca de las ciudades de oro. Pero no se hallaron ciudades de oro. Ni tampoco era imaginable que me topara con alguna. Si pudiera verme ahora, sin duda fray Luis se reiría con sorna. Otro rival que desperdicia su carrera en la aridez de los más remotos lugares de provincia. Al menos “una cacería insensata” habría tenido sus momentos entretenidos.

Te ruego que me des fuerza para no quejarme. Porque eso implicaría prejuizar la situación. Esta Santa Fe podrá ser pobre en dimensiones y grandeza, pero es rica en herejías.

4 de octubre

La Villa Real de la Santa Fe de San Francisco de Asís, capital de la colonia de Nuevo México, hogar para un poco más de mil nativos y poco más de un centenar de hombres blancos, emblema no de un descubrimiento sino de todo aquello que no fue encontrado. Las Siete Ciudades de Cibola... la idea misma parece burlarse de este asentamiento. Pero se sigue escuchando hablar de estas ciudades en los mercados y también entre mis porteadores. El pueblo no ha abandonado sus esperanzas. Qué interesante, qué patético en verdad. Y, además, inquietante, ese poder de perdurar que tienen los mitos profanos.

Nos llevaron enseguida a la iglesia de la parroquia, sobre el lado este de la modesta plaza. Me presentaron a fray Gonzalo de Castelmonte, el *custos*, otro franciscano. Los franciscanos ostentamos aquí casi un monopolio, como sugiere el propio nombre del lugar. Fray Gonzalo no mostraba las sospechas ni la antipatía hacia mi misión como me hizo saber fray Donaldo en Nuevo León. Pero estaba perplejo. Herejía, apostasía, reincidencia, rituales paganos y ceremonias de brujería son cuestiones de preocupación cotidiana para él, en la medida en que afectan a su grupo de nativos, pero no ha descubierto señales –me aseguró– de los así llamados “agitadores” europeos. Con más delicadeza, recordó las misiones enviadas hasta aquí por el Santo Oficio desde México, que llegaron antes que nosotros, pero, por lo que sabía, habían dado muy pocos frutos.

De todos modos, concluyó, lo importante es tratar a los nativos con paciencia, firmeza, caridad vigilante y aplicación ejemplar de medidas disciplinarias. Predijo que en las próximas dos generaciones su lealtad a la Iglesia y a la corona española sería inquebrantable.

Le aseguré que mi llegada no significaba cambio alguno en la política del Oficio, que prohíbe investigar a los nativos. Y una vez más debí pedir tantas disculpas como corresponde por mi propia misión.

Pero me pareció apropiado que revisáramos juntos las evidencias de judaización, solo en el caso de que las tuviera, o tal vez que hubiera observado, sin pretenderlo, en algunos europeos o nativos en previo contacto con europeos. Entre estas evidencias, le mencioné el cambio de ropa blanca para los sábados, que vistieran ropas limpias o festivas los sábados, una resistencia a comer cerdo, conejo o pescados sin escamas, bautizar a los niños con nombres del Viejo Testamento, la observación de fastos poco habituales, recitar salmos sin agregar *Gloria Patri* inmediatamente después, lavar los cadáveres con agua caliente, prender velas los viernes por la tarde más temprano que en otras tardes de la semana y, por supuesto, la circuncisión... en verdad, podría haber recitado virtualmente las treinta y siete señales aceptadas de judaización.

Fray Gonzalo me aseguró que no había visto ni oído de esas prácticas entre sus fieles. De todos modos, demostrando un espíritu de generosidad y desprendimiento que confirmó la primera impresión que tuve de él, ofreció

comprobar sus conclusiones redactando un Edicto de Fe. Con enorme satisfacción, se encargaría de difundirlo si tan solo me quedara el tiempo necesario para que sus feligreses más alejados –de tener evidencia contra cualquier hombre o mujer– hicieran el viaje hasta Santa Fe para dar testimonio de esos sucesos y evidencias.

Le dije que era un plan excelente, si es que exigía –eso lo pensé para mí– una estadía más larga de lo que había previsto.

Terminamos nuestro encuentro con una abundante cena compuesta de carne de venado, pata de ternera y vino de Catalonia, que, aunque había estado en el barril demasiado tiempo, era de lo más bienvenido.

La aridez con que nos topamos la primera vez en el altiplano se extiende hasta aquí. Aparentemente esto causa que los animales de caza sean bastante más escasos, y comienza a inquietar a las tribus cazadoras, particularmente a las que se conoce como apaches. Considero que es una bendición que no nos hayamos cruzado con ninguno de ellos en el camino.

*5 de octubre*

Fray Gonzalo actuó con notable eficiencia. Hoy salieron jinetes con bandos para cada hacienda y cada pueblo a lo largo de muchas leguas, informando de mi presencia aquí y el requerimiento a quienes tuvieran evidencias más una lista completa de prácticas sospechosas de cualquier

persona para que vinieran a dar testimonio ante mí el 1° de noviembre.

Otra cena excelente este atardecer, con faisán y otras vituallas, además de un interesante brebaje hecho con maíz previamente tostado. Es reconfortante ver a nuestros españoles que se adaptan a su nuevo entorno. Sin embargo, si debo esperar aquí hasta noviembre para tomar testimonio, temo que engordaré bastante.

*13 de octubre*

Hoy me alteró un poco cierta crisis de organización. Cinco de los hombres que llegaron conmigo desde México, dos muleros, dos porteadores y el cocinero, declararon su intención de no regresar. Aparentemente les llegaron versiones no muy fundadas de una expedición que saldría una vez más en busca de las Siete Ciudades. Les supliqué y discutí con ellos: si Coronado no había podido encontrarlas, ni tampoco ninguno de los que siguieron sus pasos, entonces ¿qué posibilidades tendrían luego de cien años? Más aún cuando para toda persona sensata quedaba claro que se trataba de invenciones, en las que la codicia de los hombres reinterpretaba a los pobres pueblos dispersos como “ciudades de oro”. Es fácil imaginar cuán efectivos fueron mis argumentos, además de perfectamente razonados. No se discute tan fácil con la avidez de riquezas, en especial cuando esa avidez ha encontrado la leyenda apropiada. No acuso

a los hombres porque sueñen, sino por su pecaminosa estupidez.

De todos modos, su defección causó una enorme desertión en mi expedición. Por suerte tengo tiempo de subsanarla. Tendré cuidado de contratar a hombres con probada experiencia en armas de fuego, de manera de contar con la adecuada disuasión en caso de que esos apaches intenten atacarnos.

*17 de octubre*

Ofrezco una plegaria de agradecimiento, pues no solo he cubierto las vacantes de mi expedición, sino que tal vez he mejorado su funcionamiento general. Todos los nuevos son excelentes tiradores, salvo uno que parece no tener habilidad con las armas, pero compensa esa deficiencia con su gran talento para cocinar. Aunque las armas de fuego no son su único déficit: el hombre carece de la capacidad del habla. Es mudo. Puede escuchar perfectamente y no parece estúpido, puede mover la cabeza para responder cualquier cosa que se le pregunte. Pero cierta enfermedad en sus cuerdas vocales, o tal vez un merecido castigo Tuyo, Señor, lo ha privado de palabras.

Creo que puedo tolerar esto, dadas sus habilidades culinarias. Además, ya hay demasiada conversación en nuestro viaje, típico de nuestras inclinaciones más básicas, cuando en verdad debería ser nuestro objetivo espiritual tender a la continencia. Le pedí que me cocinara

la noche pasada, antes de ofrecerle el empleo. Puse a su disposición los escasos ingredientes que podríamos conseguir avanzado nuestro viaje: maíz, papas, carne salada, un poco de azúcar y cosas por el estilo. A lo cual, con mi permiso, agregó algunas hierbas y especias locales nativas desconocidas, y el resultado fue un guiso tan delicioso como no había paladeado desde mi salida de la Ciudad de México. Debo confesar que mi estómago es un tanto tirano: exige que sacrifique un rifle a favor de su satisfacción. Y acepto, con riesgo de caer en el pecado de la gula.

*7 de noviembre*

Ya han pasado treinta y dos días desde que se enviaron los bandos, y ni un hombre ni una mujer, ni nativo ni europeo, se ha presentado ante mí. Deberé esperar hasta el 15, fecha tope que acordamos con fray Gonzalo para que se presenten los testigos.

Y, por supuesto, no existen testigos, no hay ricos sospechados. Ello solo confirma mis propias sospechas cuando fray Luis propuso este absurdo viaje: la posibilidad de succulentas confiscaciones. ¡Fray Luis con ilusiones tan ridículas como las de mis desconcertados muleros! Más aún, intentando tentar al Inquisidor General con esas ensoñaciones. Este el peor defecto de toda nuestra organización, que se nos permita conservar las riquezas obtenidas como resultado de nuestras

convicciones. Es la peor de las invitaciones a la corrupción. Mi Dios, te ruego que me des una señal de que mi preocupación se sustenta en bases ciertas. Siento que en este momento soy una víctima involuntaria, o no tanto, de la corrupción.

¡Oh, qué merecido castigo para fray Luis sería no tanto que no hubiera herejes en esta árida región, sino que fueran pobres!

*21 de noviembre*

Hemos partido.

Las etapas iniciales de nuestro regreso resultaron más veloces que en el viaje de ida. Lo atribuyo a la excelencia de mis nuevos contratados, que es lo que me gustaría creer, o, lo que es más probable, al hecho de que nos movemos cuesta abajo.

El nuevo cocinero estuvo magnífico anoche. Preparó un antílope y quedé sorprendido por el *ragout*. Lo mismo pasó con el resto de la expedición. Excelente para la moral.

*22 de noviembre*

Hemos alcanzado el Río del Norte, que va perdiendo la transparencia en su descenso por la montaña hasta adquirir una viscosidad barrosa que incluso los peces deben deplorar.

No hemos sabido nada de esos apaches tan temidos en Santa Fe. Comienzo a pensar que has bendecido nuestro camino y lo has vuelto seguro. Me cuidó de mencionar siempre a esos apaches en mis plegarias, además de las enfermedades, sed, hambre, inclemencias del tiempo y la posibilidad de perdernos. Debo confesar que en mi arrogancia he confeccionado una lista mental y me propuse no dejar nada librado al azar.

*26 de noviembre*

Un suceso de lo más extraordinario. Todavía no puedo decidir si es una suerte o una desgracia, una bendición o un desastre.

Nuestro cocinero, a quien los demás hombres han bautizado “el Mudo”, ha caído bajo la fuerte sospecha de cada crimen que se me ha enviado a descubrir y hasta ahora no he descubierto.

Sucedió de la siguiente manera. Detuvimos nuestra marcha una hora y media antes de la caída del sol. Es mi política, ahora que los días son más frescos, darnos un poco más de tiempo antes del anochecer para preparar el campamento. Como de costumbre, paseaba por el área detrás de las mulas mientras el Mudo preparaba el fuego. Estaba ocupado con los preparativos, descortezando maíz, y no pudo darse cuenta de mi sorpresa cuando observé una vela prendida a unos pocos pies del fuego, cerca de los alimentos que desempacó antes

de preparar la cena. Nada había de especial en ella, se trataba de una de las velas que se usa habitualmente, tampoco hizo el menor esfuerzo por disimularla. No parecía pensar que hubiera nada malo en prender una vela aunque la oscuridad no hubiera llegado y no hubiera ninguna otra vela encendida en todo el campamento. Tampoco estaba ubicada para iluminar nada ni para ayudarlo en sus tareas.

Al principio pensé que podría ser una vela que hubiera usado para encender el fuego. Y llegué a decirle de manera bastante amable:

—Ajá, ¿así es como inicias el fuego, prendiendo primero una vela?

No pareció entender de qué le estaba hablando. Me devolvió esa expresión vacía que tan bien encajaba en su rostro. Es un hombre juvenil y pequeño, con los ojos separados, una nariz no muy llamativa, labios finos adecuados al silencio y unas cejas espesas color arena. En resumen, el aspecto de un arlequín, salvo, por supuesto, por sus vestimentas harapientas. Volví a decirle:

—¿Usas la vela para encender el fuego?

Movió la cabeza.

—¿No? ¿Entonces por qué la has encendido? Todavía no está oscuro.

Levantó la vela a modo de pregunta.

—Sí. La vela.

Levantó los hombros, como indicando ignorancia.

Pero ahora comenzaba a comprender su habilidad al gesticular, como si ese puñado de muecas que podía

repetirse con mínimas variaciones fuera todo su vocabulario para resolver lo que necesitaba.

—Debes de tener una razón. La gente no enciende velas porque sí.

Sus ojos separados suplicaron. Entendí que aludía a lo que fuera que su encogimiento de hombros hubiera querido significar.

—No termino de entender; ¿sabes que hoy es viernes? Movié la cabeza de arriba abajo.

—¿Siempre enciendes una vela como esta los viernes por la noche?

Volvió a mover la cabeza.

—¿Se trata de una tradición?

La misma respuesta.

—¿Es algo que proviene de tu familia? ¿De tu madre? Idéntico movimiento...

No creo haberme encontrado antes con alguien que en semejantes circunstancias actuara como si tuviera poco que ocultar. ¿No sentía culpa? ¿No tenía miedo?

—Pero ¿tenía tu madre alguna razón para encender una vela?

En ese momento sus ojos se estrecharon, tal vez indagando por qué le preguntaba semejantes cosas.

—Tu madre. Sus motivos —tal vez haya gesticulado ridículamente, como si la suya fuera una jerga que yo intentara copiar.

Luego dibujó como una espiral ascendente con el dedo, un gesto, supongo, acostumbrado.

—¿Sus motivos eran los mismos que los tuyos? ¿Era su tradición?

Sonrió ampliamente a modo de asentimiento, contento de que ahora nuestra comunicación avanzara. Decidí que debía darle un par de oportunidades más para asegurarme de que había entendido bien.

—La cuestión, señor, no es simplemente si usted enciende una vela, sino si lo hace particularmente los viernes a la noche y no para iluminar nada o para otro propósito concreto, sino por la razón a la que usted parece adherir, o sea, la tradición. Usted lo hace para recordar a su madre, ella para recordar a la suya, y así hasta los tiempos más antiguos, todo ello prescripto por la ley, de la cual usted tiene una remota idea, pero vive de acuerdo con la tradición. ¿Estoy muy equivocado?

El Mudo se sonrió abiertamente. Por un momento llegué a creer que era tonto además de mudo. En verdad, estaba anonadado con su buena naturaleza. Decidí no hacerle más preguntas. Mi experiencia como fiscal me indicaba cuándo debía dejar de hacer preguntas. El Mudo regresó a sus tareas y preparó una excelente cena con bacalao y maíz. No podía dejar de pensar mientras masticaba cada bocado y rezaba pidiendo consejo.

Dios mío, por Tu gracia y Tu misericordia, que abren el sendero de la salvación incluso a aquellos que asesinaron a Tu único Hijo, veo que esta evidencia de judaización es irrefutable. ¿Qué debo hacer?